

Aquel concierto de *rock* al que yo no quería ir. Aquel concierto de *rock*

Separo los párpados, abriendo los ojos por completo, e intento estirarme, o revolverme de alguna manera, pero soy incapaz: un cuerpo pesado sobre el mío me lo impide. Me siento desorientado en esos primeros instantes tras despertar, hasta que reconozco el rostro del chico que duerme de manera plácida en mi cama. O sobre mi abdomen desnudo.

Contemplo el cabello castaño, salpicado de pequeños rizos que me hacen cosquillas en el vientre, a la vez que me acuerdo de sus ojos claros pintados de color negro. Y de todo lo demás.

Diablos. El roquero. ¿Cómo me he metido en esta situación?



Dieciséis horas antes

La música, por encima de los cien decibelios, se escuchaba en cada

rincón de aquel recinto al aire libre a las afueras de Madrid, y también en mi pecho. Como si el grupo de *rock and roll* se hubiera colado en mi sistema, me retumbaba en la caja torácica y en el estómago la resonancia de las guitarras eléctricas, el bajo, el piano, la batería y la voz barítónica tan característica del vocalista, el roquero español más famoso del momento, el que colmaba tanto las páginas de las revistas más prestigiosas del universo musical como de las más terrenales de la farándula:

Dylan Carbonell.

No era uno de mis cantantes favoritos; qué digo favoritos, ni siquiera era uno de los que escuchaba de manera habitual, pero había que vivir muy profundo bajo tierra para que a uno no le sonaran sus canciones. Unas canciones que hablaban, cómo no, del amor romántico. Aunque no estaba seguro de a quién iban dirigidas. Sus letras me confundían y me fascinaban al mismo tiempo. Y los cambios bruscos, inesperados, en la melodía dentro de una misma canción..., increíbles. No se podía negar que este grupo tenía un sonido particular. Diferente.

A pesar de encontrarnos en pista, mis ojos eran incapaces de vislumbrar al roquero en vivo y en directo, solo fragmentos de él, recortes; la masa de gente delante de nosotros y sus brinco, al ritmo de armonías tan atronadoras como pegadizas, me lo impedía, por lo que, de vez en cuando, lo observaba a través de las pantallas gigantes. Pantalones de cuero negro pegados a sus piernas delgadas y camiseta del mismo color de manga corta, con una especie de pájaro deforme dibujado en el frontal. No sé, me resultaba todo tan típico que hasta me daba pereza fijarme más.

Sentí la vibración de mi teléfono móvil en el bolsillo derecho del pantalón y lo tomé; tampoco es que aquel fuera el concierto de mi vida. Había ido porque mis antiguos compañeros de apartamento, de cuando

viví en Madrid para asistir a la universidad, y con los que quedaba de vez en cuando, me habían insistido hacía como nueve meses.

Vi en la pantalla del teléfono que era Marcos quien me hablaba a través del grupo de WhatsApp que compartimos los cinco hermanos.

Marc:

¿Cómo va ese concierto, Hugo? ¿Ya ha terminado?

Hugo:

Aún no. Apenas acaba de empezar.

Marc:

Hombre, no bromees, que son las doce de la noche. ¿No nos habrás engañado y estás en otra parte? (Si me dices que sí, me haces un favorazo, Hug. ¡Qué diablos!, incluso podemos ir a medias, pero que quede entre nosotros. Shhh...).

Arrugué la frente y tuve que mirar la hora en mi reloj para comprobarlo. Demonios. Era cierto. Eran las doce. Se me había pasado la noche volando entre tantos saltos y gritos. Supongo que el hecho de que hubiésemos llegado al concierto justo a tiempo también ayudaba.

Ignoré la última parte del mensaje de Marc (es algo que hago a menudo por salud mental) y levanté la vista hacia el escenario de nuevo. Vi que el grupo al completo estaba a punto de desaparecer, y que la gente a mi alrededor, incluidos mis amigos, comenzaba a gritar, en demanda del sobradamente conocido bis. Me empujaron por enésima vez y sentí que “algo” (cerveza, casi seguro. Mmm, sí, olía a cerveza) caía de nuevo

sobre mis pantalones. Maldición. Chasquéé la lengua y escondí detrás de la oreja el mechón de pelo que se me había soltado.

Riv:

Hablando de estar, ¿tú dónde estás, Marcos? ¿Mañana no trabajas?

Marc:

Diablos, papá se ha infiltrado en el grupo y no me he enterado.

Adri:

Podríamos preguntarte a ti lo mismo, River. Cada día te acuestas más tarde.

Riv:

Adrián, no estoy de humor. Levántate del sofá y tráeme algo de comer. Tengo hambre.

Adri:

Levántate tú, no te cuesta. Estás más cerca que yo de la cocina.

Adri:

Y respecto a ti, Marc, más quisieras que Hugo estuviera en otra parte, pero me parece a mí que no y que has perdido tus cien. Cincuenta para mí y cincuenta para Pris.

Adri:

Y tú otros cien, River. No finjas que la cosa no va contigo.

Adri:

Por cierto, no aceptamos cheques. Solo dinerito fresco.

River:

Sin comentarios...

Marc:

Ídem...

Adri:

Sabemos dónde viven.

River:

Sin comentarios...

Marc:

Ídem...

¿Mis hermanos habían apostado a ver si aguantaba o no el concierto entero? ¿Cómo podían ser tan cabrones?

–¡Hugo! –Una de mis compañeras, Eli, me agarró por el brazo, sacudiéndome. Sonreía como loca de emoción, y me obligó a retirar la mirada de mi móvil. No tuve opción de replicar a mi familia–. Que ya salen otra vez. Deja el móvil.

Enfoqué la mirada de nuevo en el frente y distinguí entre las cabezas

del tumulto al cantante; junto con el resto del grupo, ya se encontraba en el escenario. Claro. Siempre vuelven.

Regresé a mis hermanos a la vez que la música y la voz grave y brillante de Dylan Carbonell comenzaban a adueñarse del lugar una vez más. Me pregunté cómo sonaría aquella voz en una conversación normal. ¿Sería la misma? Se decía que su falsete era único, y el más fascinante de nuestro siglo. Era cierto que tenía algo.

Marc:

Adri, River, ¿están juntos?

Adri:

Sí, tirados en el sofá. Él en el extremo más próximo a la cocina. Desde que ha vuelto a vivir aquí, me voy a la cama a cualquier hora. Es incansable con el condenado Netflix. ¿Y tú dónde andas, Marcos? Ya deberías estar en casa. Mañana trabajas.

Marc:

Y ahora el otro padre. Hoy no duermo en casa. No pregunten.

Adri:

Okey.

Riv:

Okey.

Riv:

Y no tienes que quedarte conmigo, Adri.

Adri:

¿Quién va a velar por ti, entonces?

Riv:

Soy mayor que tú.

Adri:

Pero estás sensible. Y mi deber es cuidar de ti. Llevas el asunto del divorcio peor de lo que esperábamos.

Riv:

Pues ayúdame y tráeme algo de comer.

Riv:

Auch, ¿acabas de darme una patada? ¿Y dónde está Pris?

Adri:

En la cama, con su marido. Durmiendo.

Marc:

Durmiendo, dice...

Adri:

La gente normal, un domingo a las doce de la noche, está durmiendo.

Marc:

Ya... Pues he hablado con Alex hace cinco minutos y no estaban durmiendo. Si Pris nos ignora, es por otra razón.

Adri:

O que justo se acaba de quedar dormida.

Marc:

Ya salió el defensor de la niña.

Riv:

Chicos, Hugo nos está ignorando.

Sonreí al llegar a esa parte.

Adri:

Está en un concierto, diablos. Déjenlo en paz.

Marc:

¿Y a este qué le pasa esta noche que está tan protector con sus hermanos?

Adri:

Tus hermanos.

Riv:

Vamos, Adri, tráeme algo de comer. Yo también soy tu hermano. El favorito, ya que estamos.

Marc:

Esa es Pris.

Riv:

Me refiero de los chicos.

Marc:

Ese soy yo.

Ahí desconecté del todo, y no porque mis hermanos estuvieran a punto de decaer (que lo hacían, eso seguro); tampoco porque Eli volviera a sacudirme con su entusiasmo, sino porque entonces sí parecía que el concierto finalizaba de verdad. No conocía la canción que interpretaban en el escenario, pero sonaba a despedida. Cuando el vocalista dejó de cantar y las luces del recinto se encendieron, obtuve la confirmación: se había acabado.

Apenas me dio tiempo a moverme (y eso que la marea de gente que abandonaba el concierto no hacía otra cosa que empujarme y derramar más cerveza sobre mi ropa) cuando nuestra otra amiga, Marta, con el teléfono en la oreja, comenzó a gritar y a saltar de alegría? Desde luego, eran saltos más potentes incluso que los que había dado en el concierto.

—Y a esta, ¿qué le pasa? —me preguntó Edu, el cuarto y último integrante de nuestro pequeño grupo.

Me encogí de hombros como respuesta en el mismo instante en que Marta colgaba el teléfono y nos reunía a todos en un círculo irregular.

—¡No lo van a creer! —gritó para hacerse oír por encima de la muchedumbre.

—¿Qué? —le preguntó Edu.

–Nos vamos directos al *backstage*.

–¡¿Quééé?!–exclamó Eli–. ¡Me tomas el pelo! ¿Cómo lo has conseguido? He oído que entrar cuesta más de mil euros.

–No nos va a costar ni un euro. Una, que tiene contactos.

Marta nos agarró a los tres del brazo y nos guio al escenario. No recuerdo muy bien lo que sucedió a continuación: demasiada gente, demasiada cacofonía a mi alrededor y demasiadas prisas. Lo único que sé es que para cuando quise darme cuenta de lo que me rodeaba, me encontraba entre bambalinas a menos de dos metros de Dylan Carbonell.

Y... guau. El chico era guapo. Eso era innegable. Y puede que la palabra “guapo” para referirse a él fuera el mayor eufemismo del siglo. Puede. Las pocas ocasiones en que lo había visto en televisión, o incluso encima del escenario minutos antes, ya me resultaba atractivo, pero en persona... en persona era pura perfección. Me impactó su belleza. Me impactó porque no me la esperaba. Me impactaron sus ojos claros pintados de negro y la indomabilidad que exudaba por cada poro de su piel. Me recordó a James Dean. Al maldito James Dean.

El “amigo” (o lo que fuera) de Marta que nos había colado en aquel lugar detrás del escenario, lleno de cables, instrumentos musicales, gente y sudor, hizo una breve presentación. Debía de ser alguien cercano al grupo para que permitieran que nos acercáramos tanto. Pronunció los nombres de mis tres compañeros en voz alta y se detuvo al llegar al mío.

–Y tú eras... –Realizó una floritura con la mano, señalándome. No se había quedado con mi nombre cuando Marta se lo había dicho.

–Hugo Cabana.

–Hugo Cabana –exclamó Dylan con un matiz de burla en su voz, que para nada se asemejaba a la que utilizaba para cantar. Duda resuelta–, con apellido y todo. Encantado, Hugo Cabana.

Ni él hizo el intento de acercarse a mí para estrecharme la mano ni yo lo esperé. Tampoco respondí a su comentario. Tenía mi réplica preparada en la punta de la lengua para su “con apellido y todo”, pero era mejor que se quedara ahí, dentro de mi boca. Y como estábamos rodeados por unas cien personas, todas y cada una de ellas aguardando su minuto de gloria con el roquero de moda, me di media vuelta y fui a servirme una bebida. Mis compañeros y el “amigo” de Marta vinieron detrás de mí y nos enfrascamos en una conversación, a medias entre qué nos había parecido el concierto y lo bueno que estaba Dylan. Yo no hablé demasiado ni de lo uno ni de lo otro. Sí me enteré de que el conocido de Marta era organizador de eventos y amigo de su hermano mayor.

Poco después, me excusé para ir al baño y, de camino, advertí a través de una puerta entornada al susodicho cantante metiéndose una raya de cocaína por la nariz con un billete de quinientos euros. De puta madre. Cómo no, un roquero drogadicto. Era todo tan estereotípico que temí encontrarme dentro de una de esas horribles películas de sobremesa que veían mi madre y Marcos los fines de semana.

Las horas saltaron unas detrás de otras y la gente fue desapareciendo de manera paulatina. No fui demasiado consciente de Dylan a nuestro alrededor, lo veía de soslayo pulular por ahí, sin quedarse quieto o detenerse a entablar una conversación con nadie en particular durante más de dos minutos, pero tampoco me fijaba mucho.

Apenas quedábamos nosotros y, a pesar de ganarme una mirada asesina por parte de Marta, fui el primero en sugerir que quizá ya era hora de irnos al apartamento.

Ellos no tuvieron tiempo de contestar porque un tipo enorme, una mole, apareció de pronto entre nosotros, preguntando por un médico.

–Llama a una maldita ambulancia –le decía otro chico.

–Él es médico. –Marta me señaló–. ¿Qué ha pasado?

–Yo no soy médico –aclaré, echándole una mala mirada a Marta. ¿Cómo se le ocurría decir algo así?–, soy veterinario.

–Servirás.

El tipo enorme me agarró del brazo sin contemplaciones y me llevó por el mismo camino que había seguido yo horas antes para ir al sanitario. Estuve a punto de soltarme y armar el escándalo del siglo, hasta que lo vi. Y, si he de ser sincero, no me sorprendió demasiado encontrarme a Dylan Carbonell tirado en un sofá ostentoso, desmayado. Me acerqué a él, me agaché y casi soldé mi rostro al suyo para captar su respiración regular. Pude comprobar que se encontraba bien y que solo llevaba encima una borrachera épica, adulterada con cocaína y, lo más probable, dado el olor del lugar, también con marihuana. Justo abrió los ojos con pereza, desorientado. Mi rostro continuaba a pocos centímetros del suyo.

–Demonios, qué ojazos –exclamó adormilado–, son como un océano embravecido. ¿He muerto y estoy en el cielo?

Su comentario me enmudeció por un instante y tuve que echarme hacia atrás para verlo mejor. Y no fue por la mierda que soltó sobre mis ojos: fue por la efímera felicidad que noté en su expresión al pensar que había muerto. Entrecerré los párpados y, al ver la sonrisa de bobalición que comenzaba a dibujarse en su rostro, lo dejé pasar por razones obvias.

–No estás muerto. Estás drogado.

Mi comentario no le sentó bien. Como un descenso abrupto de la temperatura, la sonrisa tonta se convirtió en una expresión desdeñosa.

–No me mires de esa manera, no soy un maldito drogadicto.

–Bueno, para no serlo estás hasta las cejas.

–He dicho que no soy un maldito drogadicto. –Se incorporó en el sofá hasta sentarse, ayudándose de las manos, y me fulminó con la mirada.

–Bien por ti, porque eso no te llevaría a ninguna parte.

–¿Me estás juzgando?

–Para nada. Solo constato un hecho.

–No me gustan los que se pasan de listos.

Me levanté y me crucé con la mirada desorbitada de mis tres amigos y del resto de la gente que nos rodeaba. Les susurré un “me largo al apartamento” cuando pasé por su lado y me dispuse a largarme de aquel lugar; no me gustaba ese ambiente, pero su voz me frenó.

–¡Eh! ¡Tú! –me llamó. Me di la vuelta por educación–. ¿Sabes lo que tampoco me gusta? Los prepotentes que te miran por encima del hombro y te susurran: “Yo soy mejor que tú” sin ponerse ni blancos.

Ni rojo. Se dice “sin ponerse ni rojo”. Blanco estás tú, amiguito, por todo lo que te has metido.

–¿Sabes lo que no me gusta a mí? –le respondí de tú a tú. Empezaba a molestarme. Situaciones así siempre consiguen ponerme de mal humor, y me importaba una mierda que se tratara del niño bonito del *rock* español. Por mí podía ser el mismísimo heredero al Trono de Hierro; no me doblegaba ante nadie–. Los malditos dragadictos.

–Claro que no te gustan –contraatacó al instante, casi sin respirar–. Me apuesto a que tú no te has embriagado en tu maldita vida, ni te has fumado un porro ni te has metido una puta raya de coca o tragado una pastilla. O diez. Me apuesto a que siempre eres el que conduce cuando sale de fiesta con sus amigos, nunca tan perfectos como tú porque no pruebas ni una gota de alcohol. Me apuesto a que eres el de las mejores notas y el novio perfecto. Me apuesto a que le gustarías a mi padre, y eso que no le gusta casi nadie. Incluido yo.

—Y por una vez, apostarías para ganar.

Sin darle la oportunidad de que me replicara, eché una última mirada a mis amigos y salí disparado de allí. Todo aquello no me interesaba y ellos lo sabían. No era mi mundo, y muchísimo menos uno en el que tuviera la intención de pasar un segundo más.

Como a esas horas de la noche ya no había metro, tomé un taxi para que me llevara al apartamento que los cuatro habíamos alquilado durante la semana entera. Ninguno era de Madrid. Para cuando llegué a mi cama, ya me había desprendido de toda la ropa por el camino. Nos encontrábamos en el mes de marzo y las temperaturas aún eran bajas, pero no me molesté en ponerme nada encima del bóxer; me gusta dormir desnudo y estoy acostumbrado a hacerlo así desde muy pequeño, ya que en mi pueblo hace buen tiempo casi todo el año. Y yo siempre tengo calor.

Caí como un peso muerto, estaba agotado; eran más de las tres de la madrugada, y me dormí al instante.

Cuando el sonido de los golpes me despertó, tuve la sensación de no haber dormido más que un par de horas, y así lo constaté una vez que encendí la luz de mi reloj y comprobé la hora. Marcaba las seis. ¿Y qué diablos era ese ruido? Parecía que el apartamento se estaba cayendo a pedazos. Me levanté y caminé a oscuras hasta la puerta de mi habitación, colisionando con todo lo que encontraba a mi paso.

—¡Maldición! —grité, a causa del golpe en el dedo pequeño del pie, un segundo antes de encontrar el pomo de la puerta.

Y cuando la abrí... Mis ojos, hinchados por el sueño, se despertaron al instante. Como si me hubieran arrojado agua fría a la cara. O caliente.

Mi amiga Marta, en sujetador, acababa de empotrar contra la pared a un chico igualito a James Dean. O lo que es lo mismo, al roquero. A Dylan. Guau. Eso sí que no me lo esperaba. Le comía la boca con

hambre, y su clara intención era la de devorarlo entero. Y él le devolvía los mordiscos de la misma manera salvaje y primitiva. La sujetó del culo, se alejó de la pared y entonces fue él el que se empotró a sí mismo en la estantería de al lado.

–Shhh, vas a despertarlos a todos –le dijo ella, riéndose, encantada de hallarse donde se encontraba.

Llevó las manos a la entrepierna de él y me perdí en la mata de vello negro que asomaba entre los vaqueros desabrochados. Mierda, me pareció la imagen más erótica que había visto en mucho tiempo, y juro que hasta el corazón dio un tumbo dentro de mi pecho. Bum. Dylan tenía los ojos cerrados mientras le devolvía el beso a mi amiga, y justo en ese instante, con un aleteo lento y perfecto, abrió los párpados y se topó con mi mirada. Dejó de besar a Marta.

–Hombre, el de las apuestas seguras –me dijo con sarcasmo. Parecía mucho más despejado que en el *backstage*–. ¿Te hemos despertado?

–Pues sí.

–Lo siento mucho, Hugo –se disculpó Marta, sincera, pero al mismo tiempo borracha de entusiasmo por lo que tenía entre sus manos–. Puedes volver a la cama, te prometo que intentaremos no hacer tanto ruido.

Dylan se desembarazó al momento de los brazos de mi amiga y caminó con pasos firmes hacia mí. Yo me enderecé en mi sitio.

–Sí, Hugo –dijo, recalcando mi nombre con ¿burla?–, puedes seguir en la cama. Hablando de cama...

No me dio tiempo a impedírselo. Dylan, apartándose de la puerta con un leve empujón de su hombro, se metió en mi habitación. Le dio al interruptor de pared y la luz artificial de la mísera lámpara del techo lo iluminó todo.

–Oh, diablos –exclamó–, venía dispuesto a burlarme de ti,

segurísimo de que tus sábanas estarían pulcramente colocadas a pesar de haber dormido en ellas, pero... , mierda, una cama.

–Tiene gracia que tú uses la palabra colocad...

Yo mismo me interrumpí. Porque Dylan se acercó a la cama y cayó desplomado en el colchón boca abajo. Como yo horas antes. Como un peso muerto. Solo que él se había quedado dormido en el segundo que duró el derrumbe. Increíble. Pero tal cual.

–¿Dylan? ¡Dylan, no tiene gracia! –Marta se aproximó a él y lo zarandeó. Me sorprendió la familiaridad con que lo tocaba y lo trataba; tenían amigos en común, pero, a ver, se trataba del condenado Dylan Carbonell, y Marta no era como yo. Aunque, por mucho que lo agitó, resultó inútil. Estaba dormido–. ¡Dylan!

Eli y Eduardo, supongo que alertados por el alboroto, aparecieron en el umbral de mi habitación en pijama y con pinta de acabar de despertarse.

–Pero ¿qué está pasando aquí?

–¡Mierda! –Eli me miró con sorpresa y admiración a la vez al ver al cantante en la cama–. ¿Te has traído a Dylan Carbonell? ¿En qué momento? No sabía que le iban los chicos.

–No se lo ha traído él –respondió Marta como si fuera una obviedad–, he sido yo.

–¿Tú? –preguntó Edu–. Pues sí que avanzaste posiciones cuando te dejamos con tu amigo. Hasta ese momento apenas habías cruzado dos frases con él.

–Vino a buscarme poco después de que se fueran, comenzamos a hablar y una cosa llevó a la otra; casi me muero cuando se ofreció a acompañarme a casa –explicó, soñadora–, pero acaba de quedarse dormido. No me lo puedo creer.

La expresión soñadora se convirtió en fastidio.

—¿Se ha quedado dormido en la cama de Hugo? Hay algo de esta situación que a mí se me escapa —dijo Eli.

—Hugo ha abierto la puerta para protestar por el ruido que estábamos haciendo y el chico se ha vuelto loco al ver una cama. Ayúdenme a moverlo, por favor.

Marta no cejaba en su empeño de despertarlo, y eso que Dylan se encontraba en coma. Las ganas de sexo podían con el raciocinio de mi amiga. Respecto a mí... una cosa es que no me gusten las drogas ni un pelo, y menos aún una vida de descontrol y desenfreno, y otra es no ser humanitario. Tuve que intervenir.

—¿Estás loca? —le dije—. ¿Es que no lo ves? Se ha quedado dormido en menos de un segundo. Está exhausto. Y está muy drogado. Tienes que dejarlo descansar.

—Hugo tiene razón —me apoyó Edu—. Dejémoslo dormir aquí. Imagínate que le pasa algo mientras lo movemos, que se nos cae y se da un golpe mortal en la cabeza. Yo no quiero problemas.

Sí, Eduardo suele ser bastante fatalista.

—Genial —exclamó Marta enfadada. Se levantó de la cama y se marchó.

—Voy con ella. —Eli salió detrás—. ¡Buenas noches! —gritó antes de desaparecer del todo.

Marta y Eli compartían una de las tres habitaciones del apartamento, la que tenía la cama más grande. Eduardo y yo habíamos sorteado las otras dos, una con una cama de noventa y otra un poco más amplia, y había ganado yo; me había llevado la segunda más grande. Y, en ese momento, los dos mirábamos en su dirección. No se veía tan espaciosa con el roquero tumbado en ella todo lo largo que era, que no era poco.

—Te diría que vinieses a la mía —dijo mi amigo—, pero, amigo, en serio, no cabemos.

Suspiré. Era todo tan surrealista. ¡Había un desconocido dormido en mi cama! Solo esperaba que no fuera de los que babeaban. Y Edu tenía razón. Claro que la tenía.

–No cabemos, no –acepté–. Tranquilo, dormiré en el hueco que me ha dejado.

–Tienes a Dylan Carbonell en tu cama –respondió Edu con una leve sonrisa y sin acabar de creerse lo que estábamos viviendo–. Hace unas horas lo veíamos en un escenario, rodeados de miles de personas que querían lanzarle su ropa interior, y ahora está aquí.

–Supongo que cuando nos despertemos mañana, ya se habrá ido. Buenas noches, Edu.

–Buenas noches, Hugo.

Edu salió del dormitorio cerrando la puerta detrás de él.

Y ahora, ¿qué hago contigo?, pensé mientras contemplaba al cantante en mi cama. Me acerqué a él y le quité las deportivas. No podía dejar que durmiera con ellas. Era educación básica elemental. Me fijé entonces en que se había cambiado de ropa. Ya no iba vestido de negro. Los pantalones de cuero habían sido sustituidos por unos vaqueros azules corrientes y, debajo de una camisa de cuadros, se había puesto una camiseta blanca lisa. Se veía más joven. Más normal. Y menos roquero. Parecía un estudiante universitario. Un estudiante universitario después de la fiesta del siglo.

Eché un último vistazo a la expresión relajada de su rostro. Dios, parecía que no había roto un plato en su vida, y apostaba que había hecho añicos cristalerías enteras. Sin detenerme otro segundo a analizarlo, me levanté y apagué la luz. Regresé a la cama y me tumbé junto a él –no había más opciones– y, como pude, nos tapé a ambos con el edredón.

Cerré los ojos y me quedé dormido con el sonido de sus respiraciones en mi coronilla. Al menos, no roncaba.